

Una discusión con un individualista Unamuno o Unamula

La base moral del anarquismo

En presencia de muchos camaradas, tuve, el otro día, en Roma, una discusión con un "anarquista" individualista, discusión que considero útil reproducir.

Mi contradictor hablaba naturalmente en su nombre. Y entiendo que no debo hacer responsables por sus palabras a todos los individualistas que yo conozco, tan diferentes entre sí. Con todo, encuentro en sus conceptos fundamentales, y más aún, en su manera de raciocinar, tanta semejanza con la manera de raciocinar de otros individualistas, que me persuadí que su caso no era un caso excepcional, antes podía ser considerado como un ejemplo típico de una categoría determinada de individuos.

Si bien que no sea precisamente la primera vez que yo asisto a la defensa de absurdos en nombre de la ciencia y de la filosofía, confieso, sin embargo, que quedé admirado, cuando, en el comienzo de la discusión, dije "que yo sabía, con certeza, que filosóficamente hablando, todo lo que menciona es anarquista, o por lo menos todo lo que proviene de la lucha de los hombres entre sí, es obra anarquista".

Y yo que no lo sabía! ¡Qué disgusto!

—Pero, objeté — el zar era anarquista cuando apresaba a los nihilistas y cuando mandaba acuchillar a los obreros por sus errores?

—Ciertamente, bajo el punto de vista filosófico.

—Y los nihilistas que le tiraban bombas?

—También eran anarquistas, porque la filosofía...

—El zar que oprimo al obrero, que lo explota, y que, cuando no puede trabajar, lo echa a un lado, obligándolo a morir de hambre, también es anarquista?

—Lo es. Porque el zar defiende sus intereses, al mismo tiempo que lucha para consolidar su poder y aumentar la esfera de su dominación.

—Y el obrero que se agita, que se organiza, que se revuelve para no dejarse explotar, es también anarquista!

—Es claro. Patrón y obrero, emperador y subditos, luchan para gobernar. Y, desde que luchan, son anarquistas. La lucha por el dominio es una ley de la naturaleza; y quien lucha, sea cual sea su manera de luchar, es anarquista.

—Pero, entonces, ¿para qué sirve esta palabra: "anarquismo", si ella no distingue nada? No habla ya, en el lenguaje, la palabra "natural" para indicar todos los hechos de la naturaleza; y la palabra "humano" para expresar lo que se trata de cosas que se refieren a los hombres? No había también las palabras "guerreros", "tiranos", "rebeldes", etc., para designar a los hombres que luchan entre sí? No será un contrasentido llamar "anarquista" al adversario que lucha con otro anarquista? No sería mejor, es decir, no basta llamarlos enemigos?

—Tú sabes que la filosofía...

—Oye: yo no sé absolutamente nada; y, para hablarle con toda franqueza, lo que tú acabas de decirme me parece digno de un hospital de locos. Admito, pues, que yo ignoro todo lo que se relaciona con la filosofía; y, en este caso, para expresarte, efréte de un lenguaje compatible con mi ignorancia.

Mi contradictor se volvió muy cortés, y para serme agradable, renunció a repetir a cada momento, las palabras "filosofía" y "filosóficamente".

¡Uf! En fin, podemos raciocinar.

La discusión cayó sobre el "bando Bonnot", y, naturalmente, mi contradictor hallaba admirables los actos de ese bando. Los individuos que constituyeron el bando querían llegar a un fin; y para llegar a este punto, aplastaban todos los obstáculos que se le oponían, quebrando todos los que le cerraban el camino. Ellos tenían derecho a la libertad, al bienestar; marchaban, por lo tanto, intrépidos, a la conquista de sus derechos.

—Pero, ¿los derechos de los otros?

—¿Qué les importaban los otros?

—En ese caso, ¿por qué debemos considerarlos como anarquistas, como camaradas, cuando en realidad ellos no procedieron sino como los peores burgueses, como los peores tiranos, sacrificando a los otros, asesinandolos, para llegar a un fin bajamente egoísta?

—Cada uno debe afirmar su personalidad, viviendo libremente, integralmente, su propia vida. La sociedad nos niega ese derecho, y nosotros lo tomamos por la fuerza.

—Muy bien. Pero, hay otras personas que tienen el derecho de afirmarse; otras vidas que, también, deberían ser vividas libremente, integralmente. Estableciéndose la lucha, la consecuencia será ésta: la opresión de los vencidos, como en la sociedad actual. Ahora nosotros debemos procurar la garantía de la libertad y del desenvolvimiento individual en la solidaridad con todos los seres humanos, y no en el dominio de los otros, o en su oposición.

—No pasas de un religioso.

—Si la religión significa procurar el bien de todos...

—El bien de todos! Pero tú eres un sentimentalista, un cristiano, un filántropo, un socialista!

—Lláname también imbécil — le respondí. Pero, dime: ¿no te commoves cuando ves una criatura que llora o cuando ves una víctima de los abusos del poder, o aun cuando ves una criatura morir de hambre?

—Yo no soy cosa que no me impresione responsable por sus palabras a todos los individualistas que yo conozco, tan diferentes entre sí. Con todo, encuentro en sus conceptos

fundamentales, y más aún, en su manera de raciocinar, tanta semejanza con la manera

de raciocinar de otros individualistas, que me persuadí que su caso no era un caso excepcional,

antes podía ser considerado como un ejemplo típico de una categoría determinada de individuos.

Si bien que no sea precisamente la primera vez que yo asisto a la defensa de absurdos en nombre de la ciencia y de la filosofía, confieso, sin embargo, que quedé admirado, cuando, en el comienzo de la discusión, dije "que yo sabía, con certeza, que filosóficamente hablando, todo lo que menciona es anarquista, o por lo menos todo lo que proviene de la lucha de los hombres entre sí, es obra anarquista".

—Y yo que no lo sabía! ¡Qué disgusto!

—Pero, objéte — el zar era anarquista cuando apresaba a los nihilistas y cuando mandaba acuchillar a los obreros por sus errores?

—Ciertamente, bajo el punto de vista filosófico.

—Y los nihilistas que le tiraban bombas?

—También eran anarquistas, porque la filosofía...

—El zar que opriomo al obrero, que lo explota, y que, cuando no puede trabajar, lo echa a un lado, obligándolo a morir de hambre, también es anarquista?

—Lo es. Porque el zar defiende sus intereses, al mismo tiempo que lucha para consolidar su poder y aumentar la esfera de su dominación.

—Y el obrero que se agita, que se organiza, que se revuelve para no dejarse explotar, es también anarquista!

—Es claro. Patrón y obrero, emperador y subditos, luchan para gobernar. Y, desde que luchan, son anarquistas. La lucha por el dominio es una ley de la naturaleza; y quien lucha, sea cual sea su manera de luchar, es anarquista.

—Pero, entonces, ¿para qué sirve esta palabra: "anarquismo", si ella no distingue nada?

—No habla ya, en el lenguaje, la palabra "natural" para indicar todos los hechos de la naturaleza; y la palabra "humano" para expresar lo que se trata de cosas que se refieren a los hombres? No había también las palabras "guerreros", "tiranos", "rebeldes", etc., para designar a los hombres que luchan entre sí? No será un contrasentido llamar "anarquista" al adversario que lucha con otro anarquista? No sería mejor, es decir, no basta llamarlos enemigos?

—Tú sabes que la filosofía...

—Oye: yo no sé absolutamente nada; y, para hablarle con toda franqueza, lo que tú acabas de decirme me parece digno de un hospital de locos. Admito, pues, que yo ignoro todo lo que se relaciona con la filosofía; y, en este caso, para expresarte, efréte de un lenguaje compatible con mi ignorancia.

Mi contradictor se volvió muy cortés, y para serme agradable, renunció a repetir a cada momento, las palabras "filosofía" y "filosóficamente".

—Pero, ¿los derechos de los otros?

—¿Qué les importaban los otros?

—En ese caso, ¿por qué debemos considerarlos como anarquistas, como camaradas, cuando en realidad ellos no procedieron sino como los peores burgueses, como los peores tiranos, sacrificando a los otros, asesinandolos, para llegar a un fin bajamente egoísta?

—Cada uno debe afirmar su personalidad, viviendo libremente, integralmente, su propia vida. La sociedad nos niega ese derecho, y nosotros lo tomamos por la fuerza.

—Muy bien. Pero, hay otras personas que tienen el derecho de afirmarse; otras vidas que, también, deberían ser vividas libremente, integralmente. Estableciéndose la lucha, la consecuencia será ésta: la opresión de los vencidos, como en la sociedad actual. Ahora nosotros debemos procurar la garantía de la libertad y del desenvolvimiento individual en la solidaridad con todos los seres humanos, y no en el dominio de los otros, o en su oposición.

—No pasas de un religioso.

—Si la religión significa procurar el bien de todos...

—El bien de todos! Pero tú eres un sentimentalista, un cristiano, un filántropo, un socialista!

Don Miguel de Unamuno se había hecho pasar, sobre todo en este último tiempo, por una especie de porra, terminada por una bala de durísima espina, que no se desprendía, ni cuando ves una víctima de los abusos del poder, o aun cuando ves una criatura morir de hambre?

—Yo no soy cosa que no me impresione

responsable por sus palabras a todos los individualistas que yo conozco, tan diferentes entre sí. Con todo, encuentro en sus conceptos

fundamentales, y más aún, en su manera de raciocinar, tanta semejanza con la manera

de raciocinar de otros individualistas, que me persuadí que su caso no era un caso excepcional,

antes podía ser considerado como un ejemplo típico de una categoría determinada de individuos.

Si bien que no sea precisamente la primera vez que yo asisto a la defensa de absurdos en nombre de la ciencia y de la filosofía, confieso, sin embargo, que quedé admirado, cuando, en el comienzo de la discusión, dije "que yo sabía, con certeza, que filosóficamente hablando, todo lo que menciona es anarquista, o por lo menos todo lo que proviene de la lucha de los hombres entre sí, es obra anarquista".

—En ese caso, denominale anarquista; pero con los anarquistas, exactamente como nosotros los comprendemos, tú no tienes nada de común. Si nos ocupamos de la situación social, cuya solución creemos ver en la abolición del monopolio político y económico, es porque sufriremos viendo sufrir, es porque

los demás tambien sufrirán, incundiendo sus porrazos al rey, la reina, el régimen, etc. El dueño de tan terrible porra, no ha tardado, sin embargo, en mostrarse como una persona apacible y plegada. Y a esta hora actual es fácil que

este pensando en oponer a la porra, una antiporra del mismo valor...

Apenas le han tirado de la cuerda, ha ido al astro. Pero, ¿cómo? Como personalidad

satisfecha que entra a la órbita. Y ha entrado a la órbita, efectivamente, hecho de

tal, mineral o animal, en virtud de esa fuerza de la ley de afinidad que rige la vida en todo el universo. Ya hemos dado unos pasos, siguiendo adelante. Por lo expuesto, se

comprenderá que para organizar la vida de

los hombres en las sociedades humanas, es

necesario partir de ese principio elemental de

afinidad. Sin ella no hay

dejar sentado, pues, que si existen las so-

licitudes humanas no es en virtud de esos princi-

pios extraños y sobrenaturales (Dios y el

Estado) sino debido a las causas biológicas

que es la única base natural de

toda organización. Pero donde se violan los

caracteres, los gustos y las ideas, se viola

el espíritu de sociabilidad que es el funda-

miento de la organización social.

da es la afinidad de los diversos elementos entre todos los hombres, y esto es lo fundamental, lo que hace que los individuos se interrelacionen y nos busquemos para fomentarnos mutuamente el apoyo indispensable para la vida del individuo y de la sociedad. Esta reciprocidad es la única base natural de la organización. Pero donde se violan los

caracteres, los gustos y las ideas, se viola

el espíritu de sociabilidad que es el funda-

miento de la organización social.

No dividimos que la sociedad es anterior

al Estado y al gobierno. Con esto queremos

dicho que la fuerza en ningún organismo, sea

social o biológico. Esta fuerza natural que

constituye e integra los cuerpos o orga-

nizaciones es la única base fundamental de toda especie.

Si los hombres sienten la ne-

cesidad de organizarse no es con el propósito

de hacerse mutuamente desgraciados,

como pasa en el presente régimen autoritario,

sino para obtener con el menor esfuerzo el mayor rendimiento de sus actividades

en provecho de todos. Pero cuando por el contrario, se pretende organizar violando los

sentimientos, ideas y aptitudes de los hom-

bres, entonces se obtiene con el mayor esfuer-

zo el mínimo de provecho, porque de esa ma-

nera nadie ejerce sus propias facultades

pueden sentirse ligados a todo aquello que les

es extraño. Por esto decimos que, si no es

la afinidad de sentimientos, ideas y ne-

cidades, no puede haber en las sociedades

manas esa organización revolucionaria, an-

tes que permita al individuo, al grupo y a

la colectividad, desarrollar sus propias facul-

tades en provecho del conjunto social y de

las futuras generaciones. Porque sólo se

ganiza, vive y se desenvuelve todo aquello

que lleva en sí el principio vital de la vida.

La ley de afinidad. La afinidad es la fu-

nión dinámica de toda organización, porque es

la expresión de la libertad. El anar-

arismo, pues, no sólo desmocesa y viola

los fundamentos básicos de toda organiza-

ción, sino que impide y obstruye el curso natu-

ral que conduce a los hombres y a las socie-

dades humanas a seguir la evolución de sus as-